

## SOBRE UNA INTERPRETACIÓN DE TOCQUEVILLE

*Amalia Gómez Gómez*

*Catedrática del Instituto de Bachillerato “Velázquez”, de Sevilla*

Thomas Molnar en su obra *El modelo desfigurado. De Tocqueville a nuestros días*<sup>1</sup>, retoma los acontecimientos del mayo francés del 68 para adentrarse en unas reflexiones sobre la sociedad y el sistema político americano, partiendo de la repetición de unos hechos: las ideas y usos europeos vuelven a Europa “norteamericanizados”, tras ser experimentados en suelo americano. Es, como tantas veces se ha dicho, una situación parecida a la de finales del siglo XVIII, cuando las ideas ilustradas parece que se materializan antes en América que en la propia Francia. Pero no se trata simplemente de una valoración de hechos y conceptos, sino que Molnar pretende adoptar como punto de mira los criterios y juicios de Alexis de Tocqueville, trasplantándolos a la América de nuestros días, y no siempre con fidelidad. Ya, desde el prólogo, el autor señala que la intención de su libro

“no es diagnosticar, aún menos zanjar. Es tan sólo sugerir que el modelo por doquier imitado, copiado, quizás ha dejado de ser el modelo de mañana”<sup>2</sup>.

Aquí reside el primer error de planteamiento por parte de Molnar; Tocqueville no presentó el sistema político social americano como modelo<sup>3</sup>, sino que simplemente constató en 1831 cómo ciertos factores -usos, costumbres, y leyes- en determinadas circunstancias -las que habían provocado la marcha de europeos a América- habían desembocado en un sistema político de participación, dotado de cierta estabilidad, pero que necesariamente no podía ser válido para todo tipo de sociedades; así el mismo Tocqueville manifestaba:

“las costumbres y las leyes de los americanos no son las únicas que pueden convenir a los pueblos democráticos; pero los americanos han enseñado que no hay que desesperar de regular la democracia con ayuda de las leyes y de las costumbres... La organización y el establecimiento de la democracia entre los cristianos es el gran

<sup>1</sup> Molnar, Thomas: *El modelo desfigurado. De Tocqueville a nuestros días*. México, 1980.

<sup>2</sup> Molnar, pág. 13.

<sup>3</sup> Gooch, George P.: *Historia e historiadores en el siglo XIX*. México, 1977, pág. 237.

problema político de nuestro tiempo. Los americanos, sin duda, no resuelven, en absoluto, este problema, pero proporcionan útiles enseñanzas a los que quieren resolverlos”<sup>4</sup>.

Por otra parte, Molnar maneja conceptos que no tienen el mismo contenido en la obra de Tocqueville. De ahí que a veces haga referencias a ciertas realidades -élites, partidos políticos, etc....- que no pueden ni siquiera equipararse a otras supuestamente paralelas en la obra tocquevilliana.

El punto de partida del análisis de Molnar es la decadencia del modelo democrático americano, y esto lo asume valorando los hechos desde dos perspectivas: la estabilidad del sistema se logra a costa de la creatividad del individuo, que adopta una actitud conformista; el otro aspecto de la cuestión, siempre según Molnar, es el riesgo que corre el modelo democrático americano de convertirse en un estado tutelar. Tocqueville, efectivamente, había mencionado en su obra ambas cosas, pero no en el contexto concreto que lo hace Molnar, ni como resultado de los factores que señala este autor. Así lo que Molnar considera “la aceptación de la mediocridad”, como hecho consumado<sup>5</sup>, Tocqueville lo presenta como un problema surgido de la necesidad de optar por alguien, en un sistema democrático, cuando el pueblo carece de una preparación cultural suficiente para elegir lo mejor y de forma libre. Para Tocqueville el pueblo elige buscándose a sí mismo en las cualidades del que vota, mientras que para Molnar la mediocridad institucionalizada es el resultado del conformismo y la apatía. Resulta curioso que Molnar y Tocqueville aludan al deficiente nivel cultural de la clase política americana, pero los argumentos que explican esta ausencia de nuevo son distintos. Tocqueville observó que

“en los EE.UU., los hombres más notables son raramente llamados a las funciones públicas, y existe la obligación de reconocer que ha ocurrido así a medida que la democracia ha ido superando todos sus antiguos límites”<sup>6</sup>.

Molnar llegaba a América en 1949 y se expresaba así:

“buscaba en vano hombres de gran inteligencia y de gran cultura en la vida pública. Al parecer se apiñaban con preferencia en los sectores privados”<sup>7</sup>.

<sup>4</sup> Tocqueville, A. de: *La democracia en América*. Madrid, 1969. pág. 204.

<sup>5</sup> Molnar, pág. 33.

<sup>6</sup> Tocqueville, págs. 129-130.

<sup>7</sup> Molnar, pág. 33.

Molnar relaciona este hecho con la enseñanza recibida, que preparaba a los hombres para aceptar “lo dado”, y no para crear lo posible; es el resultado de la supremacía de la sociedad sobre el individuo que, según Molnar, se ve aprisionado en el entramado de un estado cada vez más centralista.

Un punto que recibe un amplio estudio por parte de Molnar es el problema de los grupos de presión, que son, en definitiva, los que condicionan la estabilidad del estado. En este sentido alude a la fuerza de ciertos “lobbies”, como el judío, o el polaco y su presión en las decisiones del ejecutivo en materia que atañe a Polonia o los intereses de Israel. Pero Molnar no analiza el hecho como un problema más de los que se dan en el juego de fuerzas de un sistema democrático, sino que se centra en los aspectos concretos de unos mecanismos que reflejan la participación y el intento de control sobre la gran maquinaria del estado. Tocqueville no llegó a perfilar este problema. A él lo que directamente le sorprendió y preocupó fue la tiranía de la mayoría, previsible en un sistema político basado en el sufragio universal; aquí podríamos encontrar el germen de lo que, con el tiempo, serían grupos de presión. Así se expresaba al respecto:

“la mayoría posee, en los Estados Unidos, un inmenso poder de hecho y un poder de opinión casi tan grande como aquél; y cuando está formada sobre una cuestión, no hay obstáculos, por así decir, que puedan, no diré detener, sino siquiera retrasar su marcha y dejarle el tiempo para escuchar las quejas de aquellos que aplasta al pasar. Las consecuencias de este estado de cosas son funestas y peligrosas para el porvenir”<sup>8</sup>.

Molnar analiza igualmente los hechos que han cambiado la América que conoció Tocqueville en 1831 a la América de 1945, después del desencanto de la 2ª Guerra Mundial. Alude a las inmigraciones masivas hasta 1920 -cuando América era aún la cita de la esperanza-, los adelantos tecnológicos, el recrudecimiento de los problemas raciales y la paulatina supremacía del poder presidencial sobre el Congreso<sup>9</sup>. Y así llega a plantear lo que considera el gran problema de Estados Unidos: el convertirse en una democracia de masas, igualitaria, bajo un estado tutelar, que tiende cada vez más a la centralización, en detrimento de la autonomía de los estados. Vemos cómo llega al problema de la libertad, que aborda desde dos puntos de vista distintos. Por una parte, la

---

<sup>8</sup> Tocqueville, pág. 154.

<sup>9</sup> Molnar. pág. 82.

libertad como una abstracción, en cuanto afirmación de la persona en sí misma<sup>10</sup>, y por otra la libertad como pauta de gobierno que puede llevar a situaciones contrarias a aquellas que fueron su origen. Así Molnar dice:

“¿Acaso la libertad inicial no dejó insensiblemente paso a la tiranía -de la mayoría, de la burocracia, de la opinión pública, de los media-, y la autonomía local a la centralización?”<sup>11</sup>.

Tocqueville, respecto a este problema, adopta una actitud muy distanciada, en la expresión y el contenido, de la de Molnar<sup>12</sup>; Tocqueville defiende la libertad, por encima del riesgo de la masificación que supone un sistema democrático, basado en el voto universal, y, es más, prefiere esta libertad a la que, llegado el momento, hay que sacrificar la calidad de una cultura de individualidades. Pero, al mismo tiempo, Tocqueville llama la atención sobre los falsos defensores de la libertad:

“Por mi parte, no me fío, en absoluto, lo confieso, del espíritu de libertad que parece animar a mis contemporáneos; veo con claridad que las naciones de nuestros días están en turbulencia; pero no descubro con claridad que sean liberales, y temo que, al salir de estas agitaciones que hacen vacilar a los tronos, los soberanos no resulten ser más poderosos de lo que nunca lo fueron”<sup>13</sup>.

En definitiva, la obra de Molnar resulta ser una visión pesimista y parcial de los EE.UU. de la década de los 70, para la que se apoya en el estudio de Tocqueville, como modelo de trabajo, pero de una manera parcial y subjetiva, ya que Molnar rompe la unidad del estudio tocquevilliano, al trasladar las realidades del siglo XX a los conceptos definitorios del siglo XIX de Tocqueville, sin matizar cuestiones de espacio y tiempo. Tocqueville no pretendió situar como modelo el sistema político americano. Bien claramente dice que escribió su obra para disuadir de temores a aquéllos a quienes la democracia asustaba, y para frenar las ilusiones de esos otros que veían en la

---

<sup>10</sup> Molnar, pág. 10.

<sup>11</sup> Molnar, pág. 23.

<sup>12</sup> Touchard, J.: *Historia de las ideas políticas*, 3ª ed. Madrid, 1974, págs. 409-410. En estas páginas aborda el concepto de libertad dentro del sistema de pensamiento de Tocqueville, para quien el problema más grave era cómo salvar la libertad, al plantearse el problema de conciliar libertad e igualdad. Tocqueville, en este sentido está en las antípodas del positivismo, ya que se plantea el problema de la libertad más como un moralista que como un pensador, y así manifiesta “una libertad moderada, regular, contenida por las creencias, las costumbres y las leyes”.

<sup>13</sup> Tocqueville, pág. 364.

Amalia Gómez Gómez

Sobre una interpretación de Tocqueville.

democracia la solución de todos los problemas sociales y políticos<sup>14</sup>. Por otra parte, Molnar incurre en el error histórico de valorar las instituciones con un criterio referencial, en función de las características y competencias que tenían en sus momentos originarios. Aquí una vez más, se aleja de Tocqueville, que analiza hechos e instituciones con una perspectiva de presente-futuro, que es lo que da a su obra un valor imperecedero.

---

<sup>14</sup> Carta de Tocqueville a Eugenio Stoffels, recogido por Mayer, J. P. en su obra *Tocqueville*. Madrid, 1965, pág. 53.